



...ve la mort et



REX



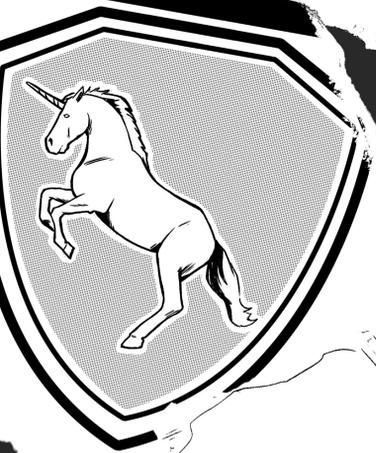
Pax Loegriana



imperium sine fine

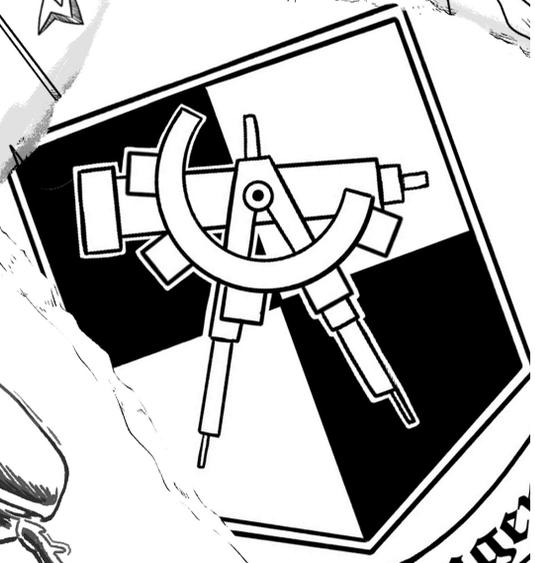
rio



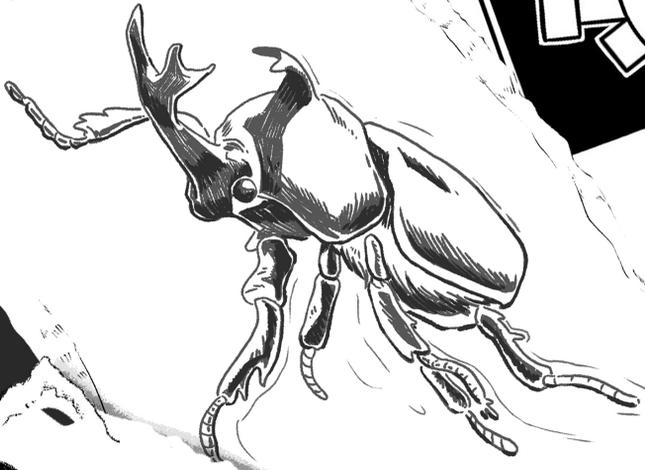


del ... face ...

¡Si no puedo inspirar a...



de Inge...





OBSCURO, -RA

(oβs'kuro, -ra)

Incierto/a, de modo que infunde temor, inseguridad o desconfianza. Desconocido/a, mal conocido/a o misterioso/a.

LA CASA MECÁNICA

LA CASA MECÁNICA
La Sociedad de Lundenwich II



Víctor Sellés



OBSCURA
e d i t o r i a l

© 2024, Obscura Editorial, S. L.
Avinguda d'Esplugues, 77. 08034 Barcelona

© 2024, Víctor Sellés

© 2024, Eduard Coll, por la ilustración de cubierta y las ilustraciones del interior

Primera edición: marzo de 2024

Fotografía del autor: Aurelio Martínez
Ilustración del mapa de Lundenwich: Pablo Uría Díez
Composición de cubierta: Marc Vilaplana
Corrección: Joana Macià Domingo y Roser Vales i Abenoza
Maquetación: Joana Macià Domingo

Todos los derechos reservados. Agradecemos que haya comprado una edición autorizada de esta obra. De acuerdo con las leyes de *copyright*, esta publicación no puede ser reproducida ni distribuida, ni total ni parcialmente, del mismo modo que se prohíben cualquier tipo de reproducción y comunicación pública de la misma sin el consentimiento previo por escrito del titular o titulares. En caso de necesitar fotocopiar o escanear un fragmento de esta obra, dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>).

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-127327-5-7
Depósito legal: B 1497-2024

Impreso en Gràfiques Rey, S. L.
Carrer d'Albert Einstein, 54
08940 Cornellà de Llobregat
Barcelona

*Out—out are the lights—out all!
And, over each quivering form,
The curtain, a funeral pall,
Comes down with the rush of a storm,
And the angels, all pallid and wan,
Uprising, unveiling, affirm
That the play is the tragedy, “Man,”
And its hero the Conqueror Worm.*

EDGAR ALLAN POE



1. SEDE CENTRAL DE LA COMPAÑIA - 2. MILTON STREET - 3. BOW STREET
4. LLOYD & CO. - 5. GLASS TOWN MARKET - 6. TORRE DE LUNDENWICH
7. RURITANIA ROAD - 8. DORRIT LANE - 9. FUNERARIA W.T. WICKFIELD
10. RAG STREET - 11. GONDAL SQUARE - 12. MESA DE GOBIERNO
13. PUENTE DE PENDRAGON - 14. PUENTE DE GENEVIEVE - 15. PUENTE DE DINDRINE
16. GOLDEN LION THEATER - 17. CAELIA STREET - 18. GREMIO DE INGENIEROS
19. PANOPTICON



LUNDENWICH

S DE
LUNDENWICH

MALEPERDUIS

NUEVA
NASSAU

WOLF'S COVE

Rio Isis

7
8
9
10

11

19

18

17

ÍNDICE

<i>Prefacio</i>	15
1. La máquina infernal	20
2. Fantasmas y relojes rotos	30
3. La última voluntad	38
4. La visita inesperada	46
5. La voluntad de Jonathan	55
6. Una situación insostenible	66
7. La Mesa de Gobierno	75
8. Cerlecombe.....	86
9. Langridge Manor	96
10. La tercera puerta	105
11. Una solución expeditiva	113
12. El club funerario	120
13. El Archivo	127
14. Bonehill	137
15. Negociaciones	145
16. Los caballeros	153
17. Un pulgar en la nariz	160
18. El estudio	168
19. Los Ashton.....	176
20. Cenizas a las cenizas	189
21. Aún no has visto nada.....	198
22. Gallows' End	206
23. La huida	217
24. Berenice	228

25. La herida	233
26. La tubería	238
27. El inventario	244
28. Tintagel	253
29. La escena del crimen	266
30. La imprenta	279
31. El atentado	288
32. Una habitación llena de fantasmas	296
33. La oferta	303
34. Whydah.....	314
35. El secreto	325
36. Marlowe	341
37. Las abejas	349
38. La transacción	356
39. Cada uno por su lado	368
40. La llave	374
41. La moneda	385
<i>Epílogo</i>	398

Prefacio

— Queridos amigos, ahora que estamos juntos, me gustaría plantearos una pregunta engañosamente simple.

El hombre había abandonado el diván para pronunciar estas palabras, forzando el silencio de la audiencia.

Llevaba días practicando aquel discurso. Lo había ensayado mientras confrontaba su reflejo en el espejo del estudio: cómo se levantaría frente a amigos y colegas fingiendo que se trataba de una intervención casual y cómo explicaría el asunto para que se sintieran impelidos a escuchar.

Sus ojos se desviaron al reloj de pie de manecillas doradas. Acababa de dar las diez.

—¿Qué impulsa a un fantasma? —preguntó—. ¿Qué hace que el alma decida vagar por el mundo tras la muerte física del cuerpo?

Sostenía una copa de vino blanco a la que apenas había dado unos sorbos. La noche prometía ser larga y prefería no enturbiar su mente con el alcohol.

—No creo que el alma «decida» nada por sí misma. Un fantasma es una pregunta sin respuesta, un acertijo aún por resolver —dijo una mujer que llevaba una diadema de plata—. A veces incluso para sí mismo.

El gato que descansaba sobre su regazo bostezó, revelando unos colmillos puntiagudos como agujas de costura. El hombre asintió despacio mientras evaluaba sus palabras.

—Sí, exacto. Pero hay algo más.

La pequeña reunión estaba formada por una docena de perso-

nas acomodadas en sillas, sofás y sillones de cuero repujado. No parecían tener nada en común. Había tanto viejos como jóvenes, y algunos vestían trajes de buena factura mientras que otros llevaban ropa sencilla y calzado maltratado. Estos últimos no parecían encajar en aquel estudio, una sala amueblada con lujo, con cortinas de seda y delicadas alfombras.

El hombre —que era arquitecto— había decorado las paredes con diseños de extrañas construcciones. Llevaba tiempo trabajando en un enorme proyecto a las afueras de Lundenwich. Una feria como no había otra en el mundo, con un laberinto de espejos, un lago, varias atracciones sobre raíles y un castillo sobre una colina presidiéndolo todo en el centro.

—Los fantasmas son entidades ectoplásmicas —intervino otro invitado, que se ajustó las gafas sobre el puente de la nariz—. Sin embargo, al contrario que cualquier otra sustancia conocida, el ectoplasma posee cierta «agencia». Por eso sospecho que los fantasmas permanecen por causas inmanentes.

El hombre asintió con una vaga sonrisa en los labios, pero no dijo nada. Su mano temblaba levemente; los nervios le traicionaban. Dio otro sorbo y dejó el vaso de vino sobre la repisa de la chimenea.

Tras los ventanales que daban a la espectacular balconada solo había una oscuridad impenetrable.

Una mujer intervino:

—El alma es energía. Los fantasmas se crean cuando esta se corrompe con una poderosa emoción. Cuando nace un nuevo fantasma, la energía negativa se incrementa. Esa emoción, a su vez, se propaga afectando el ánimo de las personas.

—Ambos habéis sido muy precisos —dijo el hombre—. Vuestras afirmaciones son correctas. Pero estaba buscando algo un poco más... poético. Simbólico, por así decirlo.

—En tal caso, yo diría que un fantasma es como un juramento roto, una promesa —dijo un joven rubio—. Los espíritus permanecen en el mundo material hasta que consiguen cumplirla. ¿Era esa la respuesta que buscabas, mi querido Arcadio?

—Sí y no.

—Entonces deberías compartir tu propia explicación con nosotros. Te hemos dado ya un puñado de ellas sin captar el propósito que persigues.

—¡Exacto! —exclamó el hombre, y alzó el índice—. ¡Justo el punto al que quería llegar! Contamos con multitud de explicaciones para un mismo fenómeno. Todas son correctas, pero incompletas; a veces, hasta contradictorias. No existe una forma sistemática de afrontar el asunto, no hay un método científico para estudiar aquello que no forma parte del mundo natural.

—Danos tu explicación... —susurró un hombre sentado al fondo de la sala.

Estaba arrebuñado en una capa gruesa y apoyaba con descuido los zapatos manchados de barro sobre la tapicería. Tenía el pelo negro-azulado, los ojos oscuros. En cierto sentido, recordaba al cuervo profético del famoso poema, posado sobre su busto de Palas Atenea.

Era uno de los pocos que conocían los pormenores y habían estado discutiendo juntos la mejor forma de revelar al grupo los logros conseguidos durante el último año, desde que vieron la demostración de aquella máquina prodigiosa en el Crystal Palace.

La máquina que, según clamaba su inventor, era capaz de atrapar un fragmento de alma entre cristales como si fuera una muestra de microscopio.

El hombre asintió.

—Por supuesto. Empezaré diciéndoos que creo que una persona no es muy diferente de un reloj.

—¿Un reloj? —repitió el joven rubio.

—Efectivamente. Al igual que las personas, los relojes no pueden ir hacia atrás. Los humanos nos deslizamos por las arenas del tiempo siempre hacia delante. Por eso, para mí un fantasma es muy parecido a un reloj roto. Una persona cuya vida ha terminado súbitamente, cercenada por la infame guadaña antes de que le llegue la hora.

Hizo una pausa para dar empaque a sus palabras. Sin percatarse, volvió a coger la copa de vino y le dio un sorbo largo y distraído. La apuró casi por completo.

—Los fantasmas están atrapados en el tiempo, son incapaces de cambiar. ¿No es una evidencia de lo que digo? Cuando observamos la esfera de un reloj, solo vemos las manecillas y los números. Ignoramos lo que ocurre detrás, los mecanismos que operan tras él. Sin embargo, esos mecanismos existen, los veamos o no.

—¿Qué es lo que está sugiriendo? —preguntó la mujer de la diadema de plata. Sus ojos también tenían una cualidad argentosa, como si un orfebre hubiera creado dos cuentas del mismo material y las hubiese prendido a sus cuencas.

El hombre se había preguntado muchas veces a qué obedecía aquella característica tan extraordinaria. Había oído que quien veía la oscuridad del Otro Mundo a veces perdía la capacidad de percibir la luz en este, pero nunca había indagado sobre ello.

—Lo que sugiero es que los fantasmas nacen de un error. Los consideramos algo antinatural o sobrenatural y asumimos que están más allá de nuestra comprensión. Pero al mismo tiempo pensamos que la muerte, la causa primera para el nacimiento de un fantasma, es un fenómeno perfectamente natural y ordinario. ¿Ven por fin la contradicción? Sin embargo, yo creo que la muerte de una persona antes de tiempo es un error de la naturaleza. Un fallo de diseño.

Otra pausa. De nuevo ese intento de causar un efecto, de producir en su audiencia un momento de reflexión.

El hombre había aprendido estas técnicas de los viejos oradores de la antigüedad. De Demóstenes y, en menor medida, de Cicerón.

A lo largo de su dilatada carrera profesional había presentado sus proyectos ante sinarcas, nobles y acaudalados empresarios, pero nunca se había jugado tanto como en aquella ocasión. Debía conseguir que vieran las cosas bajo el mismo prisma que él y colaborasen con el trabajo más ambicioso de su vida.

En el vaso de vino apenas quedaba un sorbo. El hombre dio vueltas nerviosas a la copa y el líquido se deslizó por las paredes de cristal.

—No he sido el único que ha pensado en la muerte en semejantes términos —prosiguió—. Las investigaciones de Galvani sobre electricidad animal y las baterías de Volta fascinaron hace no mucho a los sabios de la medicina. Pero el galvanismo se limita a producir la ilusión de vida mediante la activación de reflejos musculares. Es un truco que dibuja sonrisas y muecas en los cadáveres. Actúa en el muerto, donde ya no reside el alma y solo permanecen sus residuos.

»Así pues, el galvanismo no sirve. De hecho, la Compañía vende un kit de galvanismo para niños. Se lo he comprado a mis hijas, y a veces se entretienen jugando a reanimar a las ranas del lago.

Había llegado al momento crítico. El hombre inhaló profundamente para ganar tiempo. Los demás aguardaban en absoluto silencio, pendientes de sus palabras.

«Ten mucho cuidado», pensó, «o les habrás perdido para siempre».

—Un fantasma es como un reloj roto —repitió, y volvió a desviar la mirada hacia el reloj al fondo del cuarto. Su péndulo oscilaba suavemente en el interior de la caja de madera.

«Parece un pequeño ataúd», pensó. «El ataúd de un niño». Decidió concluir antes de que la voz le traicionara.

—Y los relojes, como cualquier otra cosa, pueden repararse.



1

La máquina infernal

Thomas Blackpole se abalanzó sobre el cabo de cuerda y se agarró a él. Las punteras de las botas levantaron una nube de polvo y formaron dos surcos de arrastre, como rodaduras de carruaje.

Se dirigía contra una pila de jaulas. Se encogió y dobló las piernas para protegerse del impacto. Las jaulas cayeron y un montón de gallinas escaparon aterrorizadas, agitando las alas.

Después, el globo aerostático prosiguió su ascenso y Tom perdió el contacto con el suelo.

Oía el choque del acero sobre él. Alzó la vista y vio sus propias manos, la cuerda tensa que segundos antes amarraba el globo a tierra y la barquilla de mimbre a la que estaba anudado el otro extremo.

Ligeia blandía la espada ropera, rodeada por dos enmascarados. Más allá, vio la envoltura del globo, una esfera parcheada recortada contra el cielo.

Tom se agarró con más fuerza. Era tarde para echarse atrás. Libre de amarres, el aparato flotaba lo bastante alto como para matarse en la caída.

Miró hacia abajo. En la explanada, el inspector Robards apuntaba al globo con un revólver y Neil gritaba y agitaba los brazos. No podía oírle, pero asumió que estaría advirtiéndole sobre gases inflamables y explosivos y las probabilidades de que una chispa fortuita —por ejemplo, la producida por la fricción de una bala— transformara el artefacto en una bola de fuego.

Por suerte, Jonathan se interpuso antes de que Robards apreta-

se el gatillo. Vestía como los otros policías que acompañaban al inspector, pero era el único sin casco; su piel bronceada y aquel cabello cobrizo eran inconfundibles. Tom agradeció en silencio que, aunque ya no formara parte de la Sociedad, siguiera asistiendo a sus miembros en calidad de agente de Bow Street.

La corriente estaba arrastrando el globo hacia unas viviendas junto al Isis y, en pocos segundos, las figuras de sus amigos se volvieron indistinguibles. Neil se había convertido en una manchita púrpura en la distancia y la pluma de roc prendida a su sombrero parecía una mota de polvo.

Tom vio a Mallie señalar hacia los edificios. Neil se unió a los hermanos Yung y los tres echaron a correr.

Ojalá tuvieran un plan, pensó Tom, y ojalá fuese mejor que el suyo.

Sintió que comenzaba a marearse.

«No mires abajo. Nunca mires abajo».

Era una lección que había aprendido cuando trabajaba como deshollinador. El vértigo podía hacerte perder el equilibrio.

Se concentró en la cuerda y empezó a trepar, con cuidado de asegurar una mano antes de soltar la otra. Debía superar doce pies de sogas y no podía entretenerse. O subía deprisa o una racha de viento se lo llevaría por delante.

Si Tom hubiera tenido que explicar los acontecimientos que le habían conducido a aquella dramática situación, no habría sabido por dónde empezar.

Quizá todo había comenzado la mañana del veintisiete de brumario, cuando las palabras «máquina infernal» aparecieron escritas en el vaho del espejo del baño del inspector Robards. Asustado y furioso a partes iguales, Robards se había cortado con la navaja de afeitar y había hecho llamar a los miembros de la funeraria W. T. Wickfield. Estaba convencido de que un fantasma moraba en su apartamento, y no se equivocaba.

No obstante, también podría decirse que el inicio de aquella aventura podía retrotraerse a la noche anterior, cuando lady Ligeia

Leighton había soñado con una lluvia de fuego y ladrillos sobre el barrio de Cameliard y una luna parcheada en el cielo.

O puede que el verdadero desencadenante se hubiera producido hacía tres décadas de mes, en un tiroteo en una pastelería de Wolf's Cove donde habían abatido a un joven oficial de policía llamado Elwin Dorrington. Los testigos aseguraban que los asesinos se habían presentado con máscaras rojas, habían abierto fuego contra el señor Dorrington mientras tomaba café y un pastel de limón y se habían marchado antes de que nadie pudiese detenerlos.

Ligeia había organizado a toda prisa una *séance* en el apartamento de Robards, a un par de calles de distancia de Bow Street. Tom había oficiado la sesión, ejerciendo por primera vez sus recién estrenadas habilidades de médium. A través de sus labios, el fantasma de Elwin —al parecer, un confidente infiltrado en una organización secreta conocida como la Muerte Roja— les había informado de la fecha del atentado.

El asunto se había aclarado. La expresión «máquina infernal» se utilizaba habitualmente para describir artefactos explosivos escondidos y la luna con la que había soñado Ligeia era en realidad el globo aerostático de una pequeña empresa de Lundenwich, un negocio que ofrecía a turistas y curiosos un recorrido a vista de pájaro sobre la capital.

Tras una rápida investigación, habían llegado a la explanada justo a tiempo. Ligeia había saltado a la barquilla del globo y Tom había agarrado la cuerda que serpenteaba por el suelo antes de que se elevaran.

Tragó saliva. Habían pasado un par de horas desde la *séance* y la experiencia le había dejado un regusto a ectoplasma en la boca. Un sabor agrio a muerto, a hojas podridas y tierra negra.

Aunque aún oía los gruñidos y los choques de espada de la pelea que se estaba librando sobre él, tenía problemas más acuciantes. Estaba muy cerca de la barquilla, pero le ardían las palmas de las manos y apenas podía soportar su peso con la única ayuda de sus brazos.

Trató de agarrarse a la cuerda con las piernas. Pataleó de forma ridícula en el aire, como un escarabajo, y desistió cuando la sogla comenzó a bascular.

El globo mantenía un curso casi horizontal. Se estaban acercando a los edificios de la ribera, casi tan altos como los columbarios de Maleperduis. Tom siguió trepando hasta llegar a la barquilla: un cajón alargado, tejido con mimbre y bastante más grande que el de un globo corriente. Supuso que, en circunstancias normales, podía alojar a una docena de personas y a un guía.

Con un último esfuerzo, agarró el borde y se derrumbó dentro. Cayó detrás de Ligeia, que dio un respingo.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? —gritó la chica.

Su pelo rubio, casi plateado, flotaba en tirabuzones desordenados sobre su rostro. Lo apartó con un bufido sin dejar de blandir la espada.

No parecía muy contenta de verle.

—¡Ayudarte! —respondió Tom, mientras se ponía en pie y se sacudía el polvo del abrigo.

De pronto, se vio envuelto en un torbellino de mariposas de un azul fantasmagórico. Sabía que solo era la manifestación del Don de la muchacha, pero la súbita vorágine de ectoplasma le confundió.

—¡Agáchate! —exclamó Ligeia.

—¿Qué?

La chica le asestó un puntapié en la espinilla.

Tom gimió y dobló la rodilla justo cuando la espada de un enmascarado dibujaba una media luna de acero allí donde un segundo antes estaba su cuello.

Rodó por el suelo mientras Ligeia seguía luchando. Al atravesar el centro de la barquilla, vio una red de pesca llena de cartuchos de dinamita. Era explosivo más que suficiente para volar por los aires la Mesa de Gobierno.

El segundo hombre estaba junto a la red. Su espada era más corta que la ropera de Ligeia, con motas de óxido en la hoja que

recordaban a manchas en la piel de un guepardo. También ocultaba su rostro tras una máscara roja. El labio se curvaba en una mueca cruel y su mejilla estaba cubierta de bultos, como si la cera se hubiera fundido.

Tom encogió el estómago para evitar la primera estocada y el arma le mordió el abrigo y le arrancó limpiamente uno de los botones de latón.

Reculó dos pasos y chocó contra el fondo de la barquilla. Allí no había espacio para seguir huyendo.

Miró por encima de la baranda y agarró uno de los lastres que colgaban de los ganchos. Se cubrió el vientre con él justo cuando el hombre lanzaba la segunda estocada. La punta se clavó en el lastre y abrió un tajo en la arpillera por donde empezó a derramarse la arena.

Como si hubieran alcanzado un acuerdo tácito, se detuvieron para recuperar fuerzas y medirse mutuamente. Tom aprovechó para estudiar al enmascarado. Su cuerpo estaba cubierto de vendas teñidas de negro y llevaba una capa oscura, pero desvaída.

El hombre se llevó la mano al cinturón y cogió un pequeño quinqué que colgaba junto a la vaina de su espada. Una llama bailaba tras el cristal.

Su mente trabajaba a toda velocidad. Un globo lleno de hidrógeno, una red de pesca cargada de dinamita y un loco con una lámpara en la mano. Si algo salía mal, no quedaría de ellos ni un pedacito que sus amigos pudieran enterrar.

Clavó los ojos en los orificios de la máscara. ¿Estaba asustado? ¿Decidido? ¿Dispuesto a inmolarse junto a su compañero? Era imposible saberlo, pero solo un suicida se atrevería a hacer algo así.

—¡Suelta la lámpara! —gritó Tom. Apretaba el saco contra su pecho. El reguero de arena había formado un montículo a sus pies. Ambos comenzaron a moverse en círculos alrededor de la red, todavía evaluándose—. Podemos resolver esto de forma civilizada.

El viento los había arrastrado hacia los edificios y ahora flota-

ban sobre una de las avenidas, escorándose peligrosamente contra las fachadas. Tom vio los muros de ladrillo y las ventanas de las casas, demasiado cerca.

No tenía ni idea de cómo manejar aquel aparato. Deseó que Neil estuviera allí. Él habría sabido qué hacer.

Oyó un gemido. Ligeia acababa de despachar a su adversario. Un segundo más tarde, la chica estaba a su lado y Tom se sintió algo mejor.

—Se pondrá bien —dijo Ligeia con tranquilidad—, siempre y cuando vea a un médico enseguida. Si quieres salvar a tu amigo, debemos tomar tierra cuanto antes.

Tom se permitió una breve mirada por encima del hombro. El primer enmascarado resollaba, apoyado contra la pared de la canasta con un tajo en el pecho.

Le vio llevarse los dedos índice y corazón a los labios de cera. Un gesto destinado a su compañero; como si se estuviera despidiendo.

—¡Cuidado! —gritó.

La advertencia llegó tarde. Con un revés de puño, el hombre arrojó la lámpara al suelo. El cristal se hizo añicos y el aceite se derramó por todas partes.

La barquilla comenzó a arder. Las llamas se extendieron por el suelo de mimbre. Ligeia dio una patada a la red, que ya se estaba chamuscando, pero no sirvió de nada.

El enmascarado agitó la espada, formando semicírculos a su alrededor, mientras retrocedía con pasos vacilantes. Al alcanzar el borde saltó de la barquilla. Tuvo la fortuna de caer sobre un tejado. Tom le vio levantarse y echar a correr, cojeando.

El primer enmascarado también saltó. Un aullido, seguido de un golpe seco, le hizo suponer que había tenido menos suerte que su compañero.

—¿Y ahora qué? —preguntó Tom. No podían arrojar la dinamita desde el globo sin más. En la calle, la explosión causaría muchos daños y provocaría bajas.

—Vas a pensar en algo para sacarnos de esta —respondió Ligeia—. Lo sé.

—¿Lo sabes?

Hablaba como si lo hubiera visto en uno de esos fognazos con los que tanteaba el futuro, pero esta vez no había mariposas de ectoplasma aleteando. Su Don parecía haberse agotado, así que la afirmación de Ligeia no era más que confianza ciega.

Confianza ciega. En él.

Eso era nuevo. Por lo general, Ligeia menospreciaba todas sus ideas. Fue una sensación agradable, pero no tenía tiempo para procesarla en aquel momento.

Tom miró a su alrededor, sin saber qué hacer. El fuego trepaba por las cuerdas que amarraban la envoltura del globo a la barquilla. La tela empezaba a ser pasto de las llamas.

Si por algún milagro lograban detener a tiempo la detonación de la dinamita, morirían por la explosión del hidrógeno.

Tom odiaba el fuego. Lo odiaba con toda su alma.

Siempre podían saltar, pensó, y dejar que el aparato siguiera su curso. Aun así, era poco probable que tuvieran tanta suerte al aterrizar como el primer enmascarado.

—¡Tom, Lig! —gritó una voz familiar desde un tejado cercano—. ¡Tirad del cabo de desgarre!

Tom se asomó por el borde de la canasta. Neil estaba bajo ellos, formando un altavoz con las manos; a su lado, Mallie estaba atando una cuerda a una chimenea y Edward sujetaba el otro extremo, que terminaba en un garfio. No había ni rastro de Robards, ni de los policías que lo acompañaban. No habían llegado aún.

Tom buscó el cabo, pero Ligeia lo encontró antes. Cuando tiró de él, oyeron un siseo. El hidrógeno atrapado comenzó a escapar-se por alguna parte y el globo inició un suave descenso.

Un segundo más tarde, vio a Edward dar vueltas al garfio en el aire y lanzarlo hacia el globo.

Se enganchó a la primera, acompañado de una estela azul y brillante, como una diminuta estrella fugaz. Aquel afortunado

lanzamiento no había sido solo cuestión de habilidad; Edward había utilizado su Don para dirigir la trayectoria.

Tom supuso que podían deslizarse por la cuerda y luego cortarla para soltar el globo, pero desechó la idea. Quizá consiguieran escapar a tiempo, pero entonces no podrían controlar el curso del aparato. Cargado de explosivos y volando a baja altura sobre una zona tan poblada, seguro que provocaba una desgracia.

Tenían que sacar la dinamita de allí y ponerla a salvo, pero antes debían apagar el fuego.

Tom oyó un sonido que le recordó al bufido de un gato. Dentro de la red apareció una luciérnaga chispeante. La mecha de uno de los cartuchos acababa de encenderse.

Se estaban quedando sin tiempo.

—Sé lo que tenemos que hacer.

—Por supuesto que sí —respondió Ligeia.

No estaba seguro de si era un comentario sarcástico o no, pues la expresión de Ligeia era inescrutable. Oyó el siseo de una segunda mecha encendiéndose.

—Corta las cuerdas que nos unen al globo —le dijo—. La barquilla caerá sobre el tejado.

Solo era una suposición. Al liberar parte del hidrógeno, el globo había descendido y permanecía suspendido sobre el edificio gracias a la cuerda. Pero seguían estando a treinta pies de altura y había mil cosas que podían salir mal.

—¿Y la dinamita? —preguntó Ligeia.

—Déjame eso a mí.

Tom había tenido la solución todo el tiempo a sus pies, en el montículo que había formado el saco roto que aún sujetaba de forma algo incongruente contra su pecho.

Arena.

Se acercó al borde del globo para coger un nuevo lastre. Lo abrió mientras corría hacia la red y lo volcó sobre ella. Agotó toda la arena, pero logró sofocar el fuego.

Mientras tanto, Ligeia lanzaba tajos a las cuerdas con la espada. Cuando solo quedaron cuatro, gritó:

—¡Agárrate a algo!

Tom se aferró al borde de la barquilla justo antes de que Ligeia cortara otra cuerda y la canasta se inclinara de golpe hacia un lado.

Quizá no había pensado las cosas tan bien como creía.

Cuando cortó la siguiente cuerda, la barquilla colgó suspendida en posición vertical. El vaivén hizo que Tom se soltara y cayese envuelto en una nube de arena. Lo único que le salvó la vida fue la pared de mimbre. Vio cómo la red de dinamita desaparecía por el borde.

Sobre él, Ligeia se aferraba a la pared opuesta con un brazo. Tenía la espada en la mano y trataba de cortar sin éxito una de las dos últimas cuerdas. El globo estaba a punto de convertirse en un pedazo de carbón incandescente.

Incapaz de soportar el peso y debilitada por la mordedura de las llamas, una de las dos últimas cuerdas se rompió. Ligeia se soltó también. Cayó sobre él, pero Tom consiguió agarrarla por la cintura y la apretó contra su cuerpo.

La barquilla entera pendía de una única cuerda solitaria, a punto de romperse.

El tiempo pareció detenerse. Tom sintió el peso de Ligeia entre sus brazos, el roce de su cabello en el cuello. Sus rostros estaban a unas pulgadas de distancia.

Ligeia se inclinó y Tom cerró los ojos.

—Grita —le susurró al oído—. A veces, gritar ayuda.

La última cuerda se rompió y Tom empezó a gritar.

Cayeron a plomo sobre el tejado. La barquilla se deslizó sobre la superficie con el estruendo de un corrimiento de tierra mientras el globo seguía su curva ascendente.

Llegó casi hasta el borde. Después, con un tirón muy fuerte, la barquilla se detuvo.

Tom soltó a Ligeia y se puso en pie, mareado. La cuerda que había lanzado Edward se había tensado y había detenido el avan-

ce de la cesta. A su paso, habían dejado un sendero de tejas levantadas por la vertiente del tejado.

—Bueno —dijo Neil, sonriendo desde lo alto—. Bien está lo que bien...

Sobre sus cabezas, el globo explotó.

